



César VACCHIANO LOPEZ es Ingeniero Industrial y Master en Marketing. Ha sido Director General del Fórum Atómico Español y en la actualidad es Presidente de Programas de Consulta y Consejero Delegado de Programas de Emergencia Pública.

INFORMACION DEL PELIGRO O EL PELIGRO DE LA INFORMACION

C. VACCHIANO

Al iniciar la última década de nuestro siglo, más del 90 % de la población viva sobre la tierra ha nacido con posterioridad al fenómeno de las radiaciones artificiales. Ocho de cada diez humanos residentes en países desarrollados o en vías de desarrollo han recibido radiaciones artificiales con fines de diagnóstico o terapia en algún momento de sus vidas. Al plantearnos con un mínimo rigor de viabilidad a largo plazo las fuentes de electricidad en el siglo XXI, puede asegurarse que el 25 % de dicha electricidad procederá de los combustibles nucleares.

Pues bien, con esta referencia, que supone una integración del individuo de nuestros días en una evidente relación con las actividades que implican fenómenos radiactivos, no puede hablarse todavía de indicios razonables de aceptación pública. Este hecho es incuestionable y todo parece indicar que

la máxima aspiración de los sectores empresariales sería la de alcanzar un perfil escaso de notoriedad para lo nuclear. La situación, aberrante, conduce a planteamientos en los que la excelencia operacional se retribuye con el silencio de los medios de comunicación.

Un análisis de las opiniones y actitudes de la población en los países desarrollados que cuentan con libertades de expresión, permite configurar cuatro segmentos de población clasificados por sus percepciones ante lo nuclear.

- Individuos con opinión informada (1) y favorable a los usos pacíficos de la energía nuclear y sus actividades asociadas.
- Individuos con opinión informada y contraria a dichos usos.
- Individuos sin opinión informada y actitudes mayoritariamente favorables.

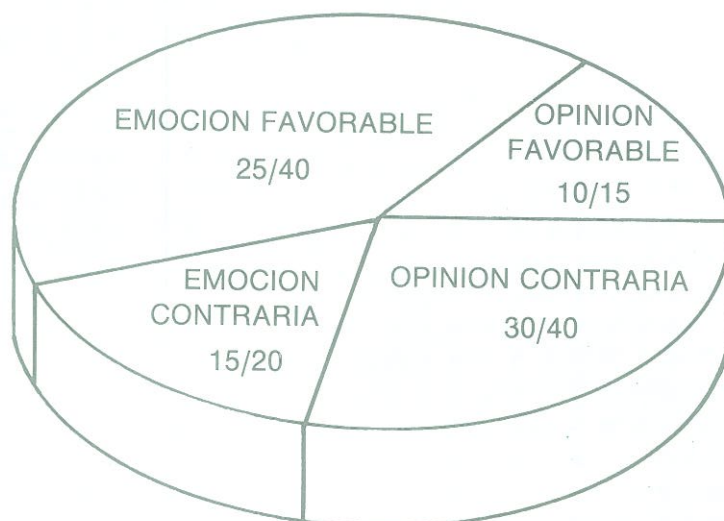
- Individuos sin opinión informada y actitudes mayoritariamente contrarias.

Los dos primeros segmentos forman un conjunto de población generalmente minoritario y tienen dimensiones proporcionales a los niveles educativos del país, pero sin que altas cotas de cultura en la población consigan promover una dimensión significativa para estos grupos. De hecho, las referencias conocidas de estudios de opinión nos permiten un análisis concreto sobre este aspecto.

Los dos últimos segmentos, en cambio, aportan una mayoría que suele ser decisiva en las consultas públicas; con escasos conocimientos directos sobre el fenómeno, su apoyo o rechazo al mismo se basan en criterios de fidelidad a otros postulados, de diversa naturaleza y con frecuencia creciente a los de naturaleza política o ideológica. Sin embargo, no sólo el tamaño de los grupos tiene significación en su identidad, también la intensidad de sus posturas, en el espectro que podría construirse desde los radicales a favor hasta los radicales en contra de las actividades nucleares con fines pacíficos, permite dicha identificación. En una representación espectral continua, las opiniones favorables basadas en conocimientos e informaciones asumidas suelen representar entre un 10 y un 15 % de las poblaciones afectadas; las emociones favorables se sitúan entre un 25 y un 40 %; las opiniones informadas contrarias alcanzan un 15 a 20 %, y las emociones contrarias entre un 30 y un 40 %. Una transición de "no saben" suele dar continuidad a la parte central del espectro.

Las consultas populares celebradas en California, Holanda, Suecia, Austria y varios cantones suizos en el período 1978-1986 permiten confirmar la tesis anterior y plantear el conflicto clásico entre quienes hacen valer sus conocimientos para promover razonamientos y quienes hacen valer sus emociones para suscitar decisiones políticas trascendentes. En todos los casos, pequeñas minorías configuran las opiniones convencidas y convincentes de las mayorías que deciden, ya sean a favor o en contra, cada propuesta. En algún caso (Austria) el resultado del referéndum que cancela la carga de combustible en Zwentendorf supone una mayoría del rechazo del 0,7 % y se corresponde con otros criterios políticos asociados a la logística de la consulta y ajenos a la cuestión nuclear.

En los casos a los que nos referimos, evidentemente representativos de sociedades y culturas de elevado nivel y civismo, no se produce, por tanto, un



rechazo educado, informado, racional, sino una oposición nacida de la cultura política o de las emociones. Por ello, el verdadero contrapunto de las negativas sobre nuevas construcciones se encuentra en las decisiones sobre el cierre de instalaciones. La amenaza de un deterioro de la calidad de vida o de mayores precios para la electricidad son los únicos moderadores racionales de las emociones mayoritarias y facilitan decisiones de continuidad, que no son otra cosa que democráticos traslados del problema a los que vengan detrás.

El núcleo de la cuestión nace por tanto de los segmentos que deciden las posturas políticas, es decir, los segmentos que imponen su emoción. Su influencia, generalmente, desfigura la responsabilidad política, pero el juego de libertades del sistema traslada también algunas responsabilidades al ámbito de las empresas, las asociaciones técnicas, los centros académicos y las organizaciones de consumidores. Por ello resultan ejemplares las decisiones alcanzadas en otros países desarrollados, en los que la cultura de la democracia no ha impedido un proceso de calificación pública de las actividades nucleares, promoviendo sucesivas decantaciones positivas de los equilibrios de opinión, por el efecto "decisivo" de

iniciativas institucionales en ámbitos políticos, empresariales o profesionales.

En efecto, Japón, R. F. de Alemania, Bélgica, Francia, Reino Unido, Canadá y Estados Unidos, países que representan más del 60 % del producto mundial bruto, han sido capaces de movilizar las decisiones de las mayorías emocionales hacia la racionalidad.

En un ingente esfuerzo de comunicación, debate político y contraste económico-ecológico de las opciones posibles para el suministro eléctrico de cada país, dichos países han promovido un debate racional y han trasladado al ámbito parlamentario la responsabilidad de las decisiones sólo cuando no era convincente la actuación de las instituciones empresariales implicadas en el problema.

La cuestión nuclear no ha sido, por tanto, en dicho grupo de países, un postulado para las conyunturas electorales, sino un elemento racional en el contexto de una planificación a largo plazo de las oportunidades vinculadas

(1) Conjunto de conocimientos adquiridos por dedicación o educación relativa al fenómeno.

a cada necesidad energética. En esencia, la actitud gubernamental y la de los representantes políticos en cada coyuntura es la que se deriva de un criterio estructural y no coyuntural, única vía de comportamiento asociada a la responsabilidad.

Excluyendo otros países con clara implantación de la fuente energética nuclear, pero importantes limitaciones para la expresión de la oposición pública, como África del Sur, India, Taiwán o Corea del Sur, además de los países de régimen comunista, las restantes naciones desarrolladas que han apelado a esta fuente y no se encuentran en grupos anteriores, pueden justificarlo por un simbolismo tecnológico de cariz nacionalista. En cierto modo, también se dieron circunstancias de cierto control gubernamental de los medios de comunicación en los escasos indicios de contestación pública y no son representativos del fenómeno que analizamos. México, Brasil, Argentina, Pakistán y Finlandia tienen sus propias razones y no se utilizan en el contexto del análisis social.

En el panorama actual, ese análisis social de la cuestión nuclear está claramente influido por la actitud de las formaciones políticas y la línea editorial de los medios de comunicación. Ha dejado de ser un fenómeno de vinculaciones científicas, tecnológicas o económicas para convertirse en un elemento de interés sólo por sus incidencias. El concepto es tan significativo que un destacado periodista y director de un diario nacional llegó a manifestar que lo único que le interesaba de la energía nuclear eran los accidentes. Esta actitud supone una concepción suficientemente sesgada sobre la realidad tecnológica como para condicionar una percepción pública ajena al hecho informativo. Y la consecuencia directa es un estilo preconcebido para abordar las noticias concernientes a lo nuclear, por sus valores de denuncia antes que como elementos de información.

Las oportunidades de modificar, consecuentemente, el balance global del espectro continuo de las percepciones públicas son limitadas. Así, la valoración de conjunto sobre las cuestiones nucleares arroja un saldo negativo y el tipo de información emitida desde los medios de mayor significación pública no permite contemplar un cambio a corto plazo.

De esta forma, podría decirse que la responsabilidad de los medios de comunicación queda en entredicho por el fenómeno generalizado de filtración de su profesionalidad a través de las emociones u opiniones personales de los responsables de su línea editorial. Por ello, la información real sobre las ca-

racterísticas de los principios científicos, los recursos tecnológicos, las aplicaciones energéticas, terapéuticas o de otro tipo apenas alcanzan a la población y, cuantitativamente, figuran relegadas ante los incidentes y accidentes que se producen.

Durante la última década dos accidentes importantes, de distinto impacto sobre el entorno, han generado la mayor cantidad de información pública sobre las "amenazas" nucleares. En marzo de 1979 (TMI) y en abril de 1986 (Chernobil) se produjeron los mayores accidentes energéticos y, a pesar de las diferentes consecuencias de uno y otro, la información generada en los tres primeros meses que siguieron a cada uno es superior en el caso de TMI. En España, donde se produjo un incidente en la CN de Ascó a finales de agosto de 1986, la atención dedicada por algunos diarios a dicho incidente hasta el 30 de septiembre de ese año fue superior a la concedida al suceso de Chernobil entre el 29 de abril y el mencionado 30 de septiembre.

La trascendencia de un suceso vinculado al riesgo nuclear no guarda, por tanto, relación con la importancia o impacto de los hechos sino con la presunción que establecen los propios medios. Sin pretender incidir en los criterios que guían la profesionalidad de los responsables de su contenido, es evidente que su sentido de la relatividad perjudica inexorablemente la actividad industrial, cualquiera que sea el conjunto de salvaguardias aplicadas, incluso por encima de ellas.

En Goyania (Brasil) el abandono de un cilindro con cesio 137 en un basurero produjo 249 contaminados, de los cuales cuatro fallecieron.

En Chelyabinsk (URSS) se produce una explosión de material radiactivo en proceso de concentración isotópica para usos bélicos en 1958. Con más de quince muertos. Sin noticias ni referencias, incluso en los análisis retrospectivos de los medios más responsables.

Incidentes graves vinculados a procesos de concentración de isótopos, diagnóstico y terapia médicas o indigencia de procedimientos de control suelen superarse desde el punto de vista informativo con simples comunicados de agencia. Simultáneamente, todo lo relacionado con la actividad energética, como la operación de centrales y los procesos vinculados al combustible y sus residuos se potencian y desfiguran más allá de su verdadero significado.

Con motivo del accidente de Chernobil, catástrofe que ha recibido atención vinculada a su etapa crítica, pero sin di-

vulgar las enseñanzas que entraña para todos, los medios han tenido una oportunidad excelente para realizar verdadero periodismo de investigación.

No se ha conocido, sin embargo, que las autoridades soviéticas han controlado parámetros clínicos de casi 700.000 personas, que han nacido 2.000 niños de madres gestantes sometidas al efecto de las radiaciones, que las previsiones de cáncer en los próximos veinte años para la URSS aumentarán en cuatro casos por cada 10.000 habitantes y que los estudios de la Comunidad Europea los evalúan en 1.000 casos totales durante los próximos cincuenta años. Son buenas noticias y por tanto no interesan.

Todo ello suscita una amplia necesidad de cambio en los estilos de información y una mayor iniciativa de los responsables de la gestión global en diversos ámbitos con un único objetivo: hacer de la información un nuevo instrumento estratégico de la gestión. Tan importante como las finanzas, la tecnología o los recursos humanos.

Desde que la contestación popular se impone al triunfalismo de las instituciones industriales, las políticas nucleares pasan por consideraciones de carácter electoral. En ese contexto, los medios de comunicación asumen una línea editorial sobre la cuestión nuclear, coherente con los criterios ideológicos defendidos y con su proyección local en la política energética.

Frente a esta situación, que pone en peligro la calidad de la información y su objetividad sobre la realidad del fenómeno, es precisa una actuación responsable por parte de las empresas, los técnicos, los periodistas y los criterios editoriales, haciendo posible una información del peligro que sustituya al peligro de la información. En caso contrario, nos espera una etapa indefinida de escasa coherencia entre la realidad y la difusión de sus conceptos, en la que la información sobre las radiaciones y la tecnología nuclear corre peligro de no informar, no convencer y no servir a la verdad.

El desarrollo económico es la causa de casi todas las agresiones al medio ambiente. Pero defender el medio ambiente no debe significar la condena de dicho desarrollo. Los analistas de este problema ya han concluido su diagnóstico sobre el papel de la actividad nuclear en la defensa del medio ambiente y sus ventajas comparativas son evidentes.

Sólo falta que los responsables de la comunicación recojan su cuota de responsabilidad en el proceso, sin que una consideración de este tipo ponga trabas a la misión del mensajero.